

Ricardo López Arias, Fotografías 1984 - 2024

Erik Wolfschoon



Autor: Ricardo López Arias

A somarse y mirar al interior de una fotografía es como abrir una ventana que devuelve a la memoria el espacio precario de nuestra existencia dentro y fuera del arcano del Tiempo. La imagen fotográfica nace de un destello luminoso que apenas dura un instante y que no conoce de correcciones ni complementos: “*El tiempo es la medida del movimiento según un antes y un después*”. Por supuesto, se da por sentado que una manipulación posterior a la caricia intangible de la luz sobre la emulsión sensible o el sensor de la cámara digital puede alterar o templar ese “*dato germinal*”, pero el hecho incontrovertible es que ese encuentro inicial contiene todas las posibilidades del entendimiento y la sensibilidad que plantea esa extraña dramaturgia. No importa con cuánta fatigosa anticipación se anticipe el amago de disparo. –o cuántas horas sea necesario invertir en la íntima observación del sujeto— el fotógrafo/observador estará siempre a merced de lo empírico, de lo real transitorio, de aquella cadencia inesperada que construye el clímax de un solo de jazz o la tensión accidental de la cuerda sobre la que se retuerce el funambulista en una “*maroma de hierro*”; y también del silencio atento del

cazador entre las hojas, en el bosque. “*The camera records the tree AND the forest, –ha escrito John Baldessari– what the photographer intends AS WELL AS what he does not*”. Hay una pulsión, que casi nos atreveríamos a llamar metafísica entre el sujeto –cuya inmensidad temporal desborda toda aproximación o cálculo previo– y la memoria que se sitúa al margen de su duración física, que queda registrada para siempre en la impresión fotográfica. Impresión: aprehensión, captura, prendimiento. ¿Qué hubo antes?, ¿Cuándo ocurrió?, ¿Dónde, quiénes, la conozco? Confirmar alguna de estas interrogantes devuelve a la mayor parte de nosotros, tal vez de una manera un tanto ingenua, la posibilidad de atrevernos a postular “*la verdad de lo real*” con aquello de lo que puede ser capaz la imagen fotográfica. (A finales del siglo XIX fueron muy populares los visitantes del más allá cuya presencia ectoplasmática quedaba evidenciada por medio de placas de vidrio sensibilizadas cuya exposición podía tomar más de una hora). La visibilidad ubicua de la imago en la vida cotidiana hoy en día ha conquistado el mundo al afirmarlo y negarlo en su actualidad efímera.



Autor: Ricardo López Arias

Todo acto de creación auténtico es en mayor o menor medida una recreación de la lucha entre Jacobo y el Ángel. En esta acción se decanta la mirada interior del artista y la lucidez irrepetible, ordenada, que éste recupera y fija sobre el torrente agónico de *“los trabajos y los días”*. Hay siempre algo de impaciente y transitorio en este esfuerzo. La excelencia de la obra de Ricardo López Arias es fruto de su incansable retorno – ¿acoso, asedio? — a una sucesión de momentos, lugares, experiencias y vivencias que ha investigado con rigor exhaustivo por más de cuatro décadas. Sin desmayo y animado por una curiosidad inagotable, ha ido abriendo sus propios ámbitos, su trocha de libertad. Llevado por un impulso esencialmente documental, ha sabido y ha podido –apoyado en un extraordinario conocimiento técnico del oficio— centrar el núcleo de su trabajo en torno a los signos cerrados e implacables que demarcan la existencia humana. A pesar de la admiración que profesa por la obra de August Sander, André Kertsz, Henri Cartier-Bresson y Edward Weston, me parece que su sensibili-

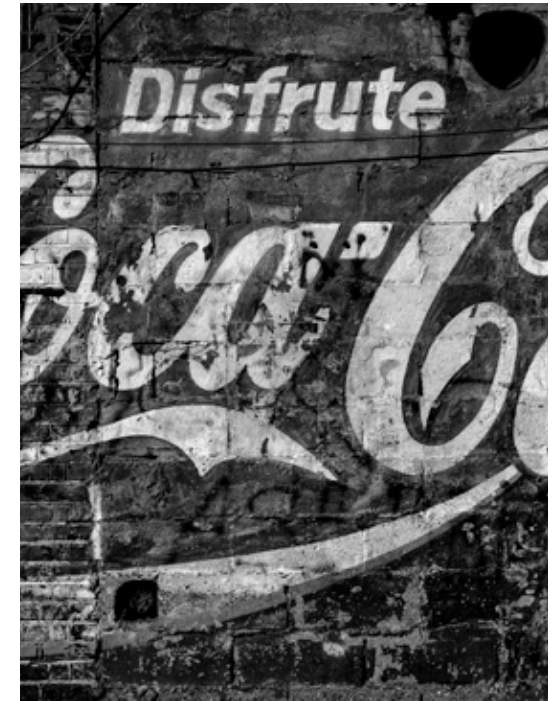
dad más bien hunde sus raíces y se alinea con el discurso austero y viril del Eugene Smith de *“The Country Doctor”*; el ímpetu whitmaniano del Robert Frank de *“The Americans”* y ante todo, con el Brassai de un *“Paris de Nuit”* sembrado de faroles y prostitutas. Lo suyo aspira a lo mismo, a una identificación interior, más allá de cualquier arranque sentimental, impregnada de compasión y escepticismo, similar a la que puede hallarse en el testimonio dejado por sus Maestros, pero donde igualmente se manifiesta una sana desconfianza ante los ripios de la crítica académica



Autor: Ricardo López Arias

del *what it means to be human* y la invocación cansona y oportunista a *“the human condition”*. Al acompañar a López Arias por las callejuelas y pasadizos de Barraza somos conscientes de cómo su arte es la expresión de una reciedumbre moral alejada de toda servidumbre a las modas, pero no exenta —*más bien poblada*—, de cierta juguetona y espontánea alegría caribeña que se manifiesta en sus casuales intercambios sociales con los pobladores del barrio. Probable consecuencia de una temprana formación jurídica y de las convicciones filosóficas de su autor, la obra de Ricardo López Arias no se sustenta en la denuncia ni en la diatriba ni en el testimonio de tinte político; podríamos afirmar que ésta más bien se nos ofrece como la sucesión rigurosa y objetiva de unas pruebas de las cuales nos corresponde a nosotros, como espectadores, extraer su validez textual y pronunciar someramente el veredicto. Más que una mirada, lo que asimilamos de ellas es el escrutinio crítico de una dura materialidad, el territorio a ratos incógnito de una identidad plural y mestiza.

El barrio, la calle, la esquina, el zaguán; protagonistas anónimos *“pasan cuartos, cuartos, cuartos”* del encuentro expectante y sigiloso con una humanidad que ha fijado su lugar en el mundo como una totalidad de rostros –mudos unos, sonrientes los otros— que se asoman desde puertas y balcones multicolores. Pies desnudos que descansan incomprendidos (¿habrán conocido alguna vez reposo?) en el banco de un parque. El andar fatigado de una anciana abandonada a la mala suerte. Dos hermanas que comparten el mismo voto de santidad. Aquí habita no la conciencia, sino la no conciencia de sí misma. Tampoco el asombro. Sólo la búsqueda perpetua. Y también el camino ya agotado por el esfuerzo de querer darle forma humana y ganas de vivir a esa sobrevivencia cruel. Los mismos muros de las viejas casonas parecen transidos de burla y desesperanza, indiferentes al paso conforme y ausente de ecos. Una prueba del empeño indagador de Ricardo López Arias es evidente en su reiterada exploración de lo familiar y cotidiano de la marginalidad urbana de Santa Ana, Barraza, Calidonia y lo poco que ha quedado para los pobres en San Felipe. Nunca localista, hay una intención de “abrazar el mundo” –una de las marcas de identidad en la historia de la fotografía desde su invención en la primera mitad del siglo XIX— que Ricardo hace suya desde que se inicia en los misterios del arte fotográfico. En una declaración de principios redactada en el año 1932, Dorothea Lange y Daniel Dixon expresan con absoluta claridad esa aspiración con las siguientes palabras: *“Bad as it is, the world is potentially full of good photographs. But to be good, photographs have to be full of the world”*.



Autor: Ricardo López Arias



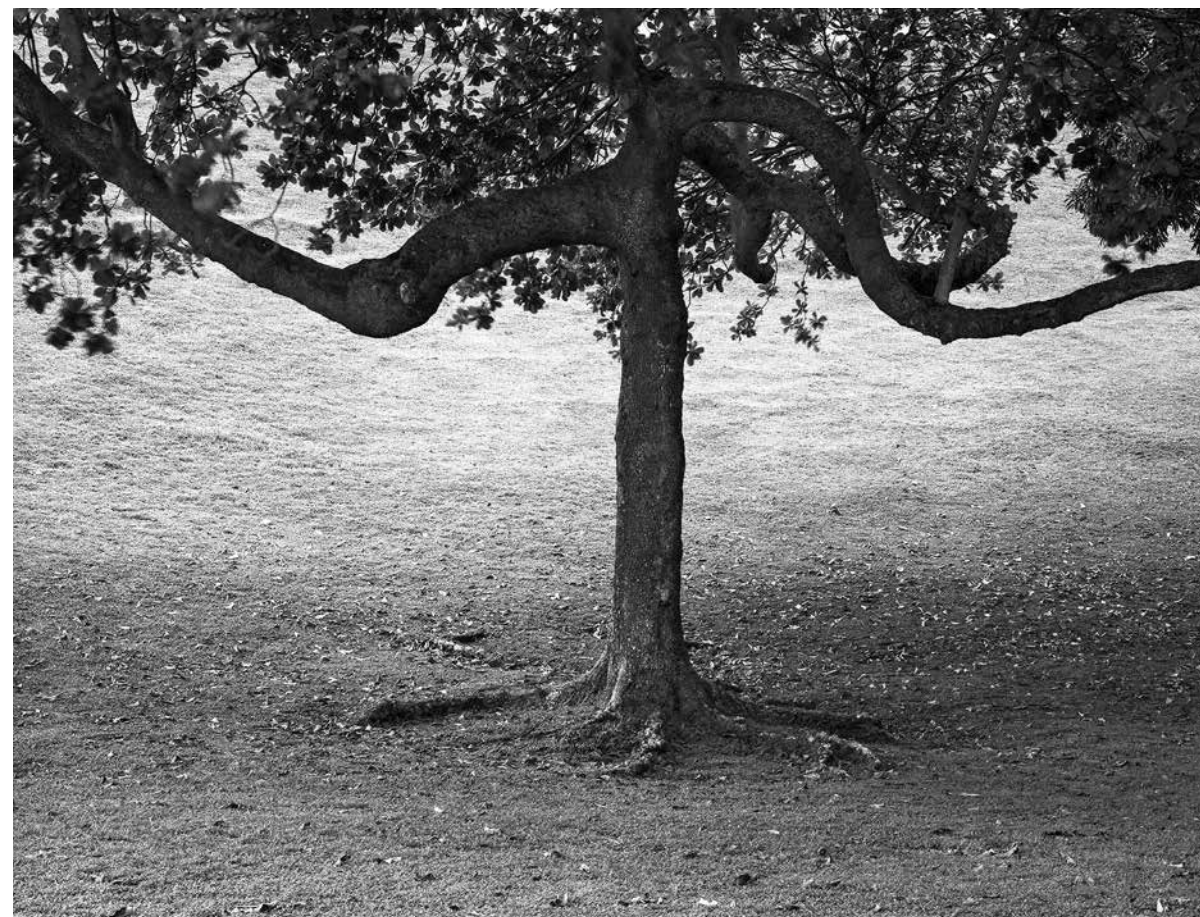
Autor: Ricardo López Arias

Esos secretos arrancados a las cosas y que pueden ser grandes o pequeños –atrapados por el lente de la cámara y encerrados en su interior– son parte de la crónica visual de nuestro continente. Así podemos compartirlos en la energía visual dispersa por las obras de Leonora Vicuña en Chile, Graciela Iturbide en México, Roberto Fontana en Venezuela, Gertjan Bartelsman en Colombia o Iván Cañas en Cuba. Son, a fin de cuentas, esos espacios duramente excavados o robados a la ciudad el escenario siempre mutante donde tiene lugar el descubrimiento de *“los otros”*: *“Then the street becomes your museum; the museum itself is bad for you”*, afirmó Walker Evans en una ocasión. Las heridas de bala en el torso desnudo de un hombre, las huellas de un ajusticiamiento sumario en las paredes de un cuartel son testigos de ese drama darwiniano que se arrastra entre la vida y la mera supervivencia. En todo caso, aquello que transmite el objetivo de la cámara de López Arias posee la condición dual de registrar un hecho –la transformación social que trajo la migración de una gran masa rural a la ciudad capital– y su transformación en un riguroso estudio de formas ordenadas según los mejores cánones de la tradición occidental. Documento, abstracción y tiempo conviven iluminados no por la luz, sino en complicidad con las sombras, que Ricardo captura y moldea con intuitiva maestría.

Una calle, la *“strada”* de Cabiria o Gelsomina, puede ser el emblema cruel de múltiples vejaciones. Dicho lo anterior, hay una noble cualidad de empatía en las fotografías de Ricardo López Arias. En ellas –por ellas– participamos de la respiración sorda de hombres y mujeres cuyo retrato es la expresión de una condición anímica de reposo en lucha consigo mismo. Ninguna de estas personas es ajena a su contexto. Ninguna de ellas puede arrancarse de éste. Su presencia es siempre concentrada. Son ciudadanos de una (la) periferia. Devuelven la mirada al objetivo de la cámara con un cansancio pausado y oscuro y revierten esa misma mirada como en un espejo de radiante limpidez. Así nos ven. Para esos habitantes de la tarde y de la noche se inventó el juego cruel de quien lo ha ganado todo porque nunca ha poseído nada.

El ritmo del escrutinio lo impone la danza sosegada de la cámara, pero los gestos, el carácter, la espontaneidad, en fin, lo que queda, es en todo caso atributo del sujeto. Esa es su única propiedad. Estos rostros que hoy son de Santa Ana, El Chorrillo o Calidonia, más allá de su color o género, expresan estados interiores de resistencia y dignidad, escindidos como parecen estar entre la ansiedad y la impotencia. A pesar del inevitable anonimato, la identidad personal se afirma con dureza. El insistente deambular del fotógrafo una y otra vez por las mismas calles y aceras y en contacto con la misma gente lo lleva a captar en estas vidas humanas un estado de solidaria intimidad.

En la exhaustiva travesía documental que Ricardo López Arias emprende por el entramado callejero de la ciudad de Colón –cometí la imprudencia, después de admirar la selección de unas 15 impresiones en gran formato expuestas en la Universidad de Panamá, de vaticinar que marcarían *“un antes y un después”* en la insuficientemente documentada historia del arte de la fotografía en Panamá– la expresividad facial adquiere una nueva resonancia. El ojo que antes nos contemplaba desde puertas y ventanas de manera oblicua en Santa Ana y San Felipe, ahora germina y (se) crece en una abundancia de gestos amplios. Fotografías hechas tanto para la vista como por el oído, donde resuella el eco ruidoso de la cotidianidad urbana: las apariencias se estructuran espontáneamente en torno al movimiento de manos, brazos, piernas y torsos, fragmentos en los cuales las imágenes corporales se hacen signos y estos se transmutan en figuras: dos mujeres sonrientes son el emblema viviente del cuidado del cabello, en una suerte de espacio atemporal en el que un halo de tijeras, ungüentos y peinillas convoca los atributos y recursos necesarios para recuperar la belleza. O, los círculos sobre los que tangencialmente se asienta un cuerpo recio que despierta bajo el reinado del color azul. Y hay más: un niño se baña en un simulacro de prosenio ante su hermana que, como en un sueño, baja los ojos y rehúye nuestra curiosidad.



Autor: Ricardo López Arias



Autor: Ricardo López Arias



Autor: Ricardo López Arias

Y la escalera que sube más allá del cansancio de unos hombres que aguardan ignorados hasta por el mismísimo Godot. O los maniquíes que ensayan un despertar eterno que sólo es válido para ellos: extrañas invocaciones a la felicidad y al reposo, a una ausencia de principio donde se abandona el esto y el aquello. Mudanzas Wilson, Barbería calle 5a, Disfrute Coca Cola: trasfondo de palabras ante el cual se despliega el singular montaje de un Arte Pop carente de artificio, formas que dilapidan pensamientos. A esta peculiar coreografía –de la cual participan dos o más personas sin asumir ningún papel sino como son en sí mismas y que gesticulan en un acto de comunicación privado– ha dedi-

cado Mario Praz un bello libro, *Conversation Pieces*. Me atrevo a incorporar los retratos de grupo de Ricardo López Arias a esta tipología formal, con algunas reservas en lo que concierne a la relación intrafamiliar –propia de este género– y a la casi absoluta carencia de ambientes interiores en la obra de Ricardo, donde estos diálogos acompasados –según Praz– usualmente tienen lugar. Ahora, lo realmente importante es el hecho de que estas interacciones presuponen una condición previa de confianza e intimidad cordial, que se sitúan en un lugar conocido y cuyo énfasis en lo gestual implica, a su vez, un cierto grado de asentimiento y sociabilidad. La acción es siempre pausada, contenida, casi ritual.

No en vano López Arias cuenta a Rembrandt van Rijn entre sus admirados Maestros, cultor supremo entre otros grandes artistas holandeses, ingleses y flamencos de este modo representativo durante los siglos XVII y XVIII. Así, el tiempo anterior, el además que es de hoy, se multiplican en la obra de Ricardo desde Santa Ana y Colón a La Habana, Londres, París, Barcelona, New York y New Orleans. Esta geografía plural, esta abundancia de referencias culturales asumida sin descanso en una y otra ocasión, ha sido formulada como un todo en un inventario de momentos fotográficos alejados de especulaciones vanguardistas o conceptuales o voyeuristas o performativas o post-fotográficas o post-apropiativas o asumidas como una poética de la “*larga duración*”; todo aquello “*devoid of all flim-flam; devoid of trickery and of any ism*”, como escribiera Alfred Stieglitz en 1917. Hay una contención expresiva, un respeto a la tradición clásica en la obra de Ricardo López Arias que lo lleva a explorar y ampliar los límites de una estética cuyos preceptos y elocución visual se consolidan a mediados del siglo XX mediante la indagación de la transitoriedad de los momentos

humanos, el rechazo a la declamación grandilocuente, cierta condición de optimismo racionalista y el reflejo automático y exacto de los sentidos ante una realidad que puede ser a un tiempo prosaica y festiva y la certeza

en la existencia de cierta poesía oculta como esencia de todas las cosas. Tampoco están ausentes la ansiedad y la ironía, convocadas y provocadas con una rigurosa objetividad perceptiva donde una clara geometría controla la indecisión de la claridad ante la multiplicación de las sombras. Posiblemente sea en la documentada crónica visual que Ricardo López Arias emprende como un proyecto en solitario sobre la ampliación del Canal de Panamá donde mejor se resume su trayectoria de vida profesional, donde se conjuga como una totalidad la visión onírica de *La Jetée*, el contrapunto conceptual entablado entre “*abstracción y naturaleza*”, la monumentalidad y el vacío de un mar ausente, enmarcado todo por un paisaje abisal que evoca los temblores orgásmicos de la Creación.



Autor: Ricardo López Arias